

Verdaguer, poeta y mendigo

Isabel de Armas

Para toda Cataluña, 2002 fue un año verdagueriano, por ser el centenario del fallecimiento de Jacint Verdaguer (1845-1902), uno de los nombres fundamentales de la literatura catalana y padre de la lengua catalana moderna, anterior a la normalización ortográfica de Pompeu Fabra. Extraño su rico vocabulario de las fuentes populares más vivas, las rurales, y el poeta Joan Maragall llegó a compararle con Dante. Fruto tardío del romanticismo, fue admirado por autores tan distintos como Juan Ramón Jiménez y Menéndez Pelayo.

Poeta, ante todo, no deja de ser curioso que la primera publicación verdagueriana reeditada el año de su centenario, ha sido, precisamente, una de sus obras en prosa, *En defensa propia*, trabajo formado por una serie de polémicos artículos autobiográficos publicados entre los años 1895 y 1897, que le valieron la suspensión *a divinis*. El libro ha superado ya su tercera edición en catalán, lo que significa que Verdaguer no deja indiferentes a los lectores de hoy. Otras obras en prosa también solicitadas en la actualidad son su *Dietari d'un pelegrí a Terra Santa* y *Excursions i viatges*. Siguen teniendo interés las notas del personaje que había viajado ya a América, Rusia, Turquía, Alemania y otros países.

Jacint Verdaguer nace en Folgueroles, pequeño pueblo cercano a Vic, en 1845, hijo de payeses, y a los diez años de edad, ingresa en el seminario, donde Cinto no se distinguió en ninguna de las disciplinas; ni siquiera en la de Retórica y Poética, en la que nunca consiguió notas brillantes. Su inteligencia no destacó por su fuerza o su claridad. Con una ascendencia campesina de hombres no acostumbrados a pensar, el cerebro es el punto más débil de su fuerte constitución. «Cuando oigo una disputa escolástica –decía–, la cabeza me da vueltas». Confiesa que «más pronto habría compuesto un poema, que plantear el más simple silogismo». Durante este periodo entra en contacto con la obra de los clásicos griegos, renacentistas, castellanos y catalanes, que serían un importante soporte para sus posteriores creaciones.

Su biógrafo Sebastián Juan Arbó apunta dos grandes errores en la vida de Verdaguer: el ingresar en el sacerdocio, por lo menos en la edad tan temprana que lo hizo, y el segundo, el entrar en la casa Comillas, donde sepul-

tó, entre los muros sombríos de aquel palacio, bajo la severidad de las ropas talaras, y de una conducta que durante mucho tiempo fue considerada como ejemplar, su fuego vital, la exaltación de su temperamento. «Aquella vida de inactividad –puntualiza Arbó–, de austeridad, de oraciones, en un carácter volcánico como el suyo, le preparaba para todas las desviaciones».

No se hallará a gusto en ningún lugar de la tierra. Irá de una parte a otra en una tibia inquietud vagabunda, persiguiendo el imposible de una paz que sólo existirá en el sueño. Fue considerado como un amante de la soledad, y él mismo se lo creía, pero lo cierto es que confundía la soledad con la libertad que era lo que, en el fondo, añoraba. Cuando mosén Cinto se sentía feliz en la cumbre de una montaña, no era por sentirse solo sino por sentirse libre. En el único dominio donde se movió con seguridad, fue en la poesía. Fuera de ella, los actos de su vida se cuentan casi todos por errores o desaciertos. «Mitad maquinalmente se vio sacerdote; mitad maquinalmente entró en la casa Comillas; mitad maquinalmente pasó por el mundo» –escribe Arbó–.

El capítulo más delicado, y también el más oscuro, de la vida del poeta, es el de los exorcismos y las alucinaciones. Pero no podemos olvidar que tan crítica etapa, que supondrá su carrera hacia el abismo, se da en momentos en que las prácticas del mesmerismo tienen resonancia en toda Europa, y una importante corriente espiritista había invadido Barcelona, con numerosos centros o lugares de encuentro donde se celebraban las primeras sesiones. Verdaguer se lanzó a aquellas prácticas con todo el ardor de su alma, y con una inmensa buena fe. «No hemos de olvidar nunca –señala su biógrafo– su pasmosa credulidad, la falta total de reflexión, a la cual se añadía en aquel momento el estado de exaltación en que se encontraba».

Vida de ayunos, de abstinencias y de oraciones le llevó también en aquel tiempo a sufrir alucinaciones. Veía al diablo, y en las injusticias, en las miserias, la obra del mismo. Por aquellos días se llegó a dudar de que el poeta estuviese en su sano juicio, y se le llegó a acusar, decididamente, de loco, aunque se hiciese en voz baja. Sin embargo, cuando se decide a redactar las cartas tituladas *En defensa propia*, en las mismas no se detecta desvarío alguno, sino más bien claridad y coherencia, dentro de la desenfrenada violencia que le es propia. A pesar de las extravagancias, Verdaguer nunca dejó de moverse dentro de la lógica de sus sentimientos, de sus ideas y, sobre todo, de sus inquietudes de toda la vida.

La lectura de los santos y de los místicos era su predilecta. Con las páginas de Santa Teresa, los encendidos versos de San Juan de la Cruz o con los textos del «loco» de Mallorca, Ramón Llull, se sentía arder en ansias de sacrificios, en afanes de realizar algo grande, elevado y noble. De mortifi-

carse y hasta de sufrir martirio. En no pocos de sus escritos se detecta la inspiración directa de San Juan de la Cruz, pero Verdaguer no se mantiene nunca en aquel firme vuelo, en aquella altura casi inaccesible, en la divina embriaguez del gran místico castellano. El alma del mosén de Vic no es como la del sublime carmelita, su noche no es como la del alma del santo. San Juan pone el cielo en la tierra; Verdaguer, al contrario, pone la tierra en el cielo; ama demasiadas cosas de aquí y las ama demasiado intensamente; no puede, por más que quiera, renunciar a ellas, y de otra parte, sabe poco de los bienes del intelecto.

Los estudiosos de la obra poética de ambos, coinciden en reconocer que entre Verdaguer y San Juan de la Cruz existe un lejano parentesco y unas radicales diferencias. El primero, niño siempre, sueña con encontrar a Jesús niño para poder jugar con él; el segundo siempre sueña con encontrarlo pero su visión y su esperanza son muy diferentes. El primero pensaba en jugar, es decir, en la fiesta del corazón; el segundo ahondaba en ver «ordenarse los misterios», es decir, en la aspiración intelectual suprema. Verdaguer no puede remontarse a aquellas cumbres de San Juan, en sus vuelos hay siempre una cierta pesadez, el barro de aquí abajo no consigue desprenderse de sus alas y la madurez de su espíritu no acaba de llegar. Nunca fue un ser reflexivo, y su voluntad era tan débil que casi ni existió. Siempre avanzaba de la mano de alguien, nunca había sabido ir solo. La primera y principal influencia fue la de su madre, después la del canónigo Cullell, del que precisa su consejo antes de dar cualquier paso. Más tarde sufre la influencia de la viuda doña Deseada y de su hija que consiguen absorberle hasta el final de sus días.

Esta inseguridad vital también se detecta en su obra, y a veces ocurre que, por más ternura y sinceridad que el poeta ponga en sus composiciones, no llega a convencer, porque en ellas encontramos como una sombra de puerilidad, un exceso de sensiblería que lleva a matar la emoción. Sin embargo, la parte más débil de sus poemas no se encuentra en estas evidentes notas de infantilismo, sino que siempre estará en la ordenación y distribución de las partes, en la estructura. En sus obras, lo que más falla siempre es la idea, la concepción del conjunto, que nunca llega a conseguir plenamente la inteligencia ordenadora. El verso puede ser elevado, enternecedor o lleno de ímpetu, pero el conjunto, en cambio, con frecuencia aparece desordenado, confuso, con falta de sentido en las proporciones y la armonía. Lo mejor de Verdaguer siempre lo encontramos en las composiciones cortas.

Finalmente, al recordar a mosén Cinto, no podemos dejar de mencionar sus obras capitales que fueron *L'Atlántida* (1877) y *Canigó* (1886).